

También se habrán enterado mis lectores de que en Bruselas se ha quitado la estatua de Ferrer después de haber hecho en el monumento unas cuantas cochinadas.

Las pocas personas decentes que aquí van quedando, desfilan con tal motivo por la embajada Alemana dejando en ella sus tarjetas como testimonio de gratitud.

Esto ha exasperado á nuestros jóvenes bárbaros y Rodrigo Soriano en el Congreso protestó del hecho y amenazó con organizar una excursión á Rivesaltes para visitar la ilustre casa (así la llama Soriano) donde nació Joffre y dejar sus tarjetas á la cocinera, que supongo será la única que la habite.

¡Pero hombre, estos radicales todo lo arreglan organizando excursiones! Será por el éxito que obtuvo la que organizó Soriano para ir á Bruselas.

¿No les sería Vd más cómodo mandar las tarjetas por correo? Porque con el frío que debe hacer ahora en Rivesaltes van á coger un catarro fenomenal y además van á dar un susto tremendo á la cocinera de Joffre al verse sorprendida por tanto bárbaro.

De todos modos, la excursión no se realizará porque el Gobierno teme que pudiera tener consecuencias para nuestra neutralidad, cuyo sostenimiento es su única preocupación por la cuenta que le tiene.

Para evitarlo, tiene acordado, que si aquella llegara á organizarse, unos días antes del indicado para la salida se publique en todos los periódicos el siguiente telegrama. Rivesaltes 10-4-T.—Acaba de llegar el distinguido joven don Antonio Maura y Gamazo quien se propone pasar en esta una temporada para ver si disminuyen sus fuerzas físicas que se le han desarrollado de una manera alarmante.

No hay para que decir que estando Antonio Maura en Rivesaltes, no llevan á Soriano ni atado.

Política

Aunque continúan los rumores de crisis, no parece que por ahora puedan tener confirmación y lo más probable será, que si las oposiciones siguen molestando, se cierran las Cortes y á vivir cada cual como pueda.

Se ha declarado disuelta la Junta de Iniciativas.

¿Han notado ustedes sus veneficiosos efectos? ¿No? Ni yo tampoco. Pero á mí no me ha sorprendido su fracaso. Ya tuve el honor de anunciar á los lectores de EL ANDARAX, cuando se creó, la tal junta, que ésta y la carabina de Ambrosio venían á ser la misma cosa: y me he salido con la mía.

¡¡Cuestión de pupilal!

Locales

Se han celebrado las fiestas en honor de San Blas organizadas por el gran Frasquito; que ha revelado un talento organizador que rianse ustedes de Lord Kitchener. ¡Rediez con Frasquito y que manera de hacer las cosas! Y que envidia habrá pasado el pobre San Antón!

Decididamente debía nombrarse á Frasquito mayordomo universal de toda la corte celestial, aunque arrease cada sablazo que encendiera el pelo. ¡Que también para esto se da buena maña!

Nemesio

Mientras se hace la escuadra

POR LA ESPAÑA TRÁGICA

Promediaba el día cuando el tren llegó á la estación de Fiñana. Sacudí el embotellamiento del largo viaje y me asomé á la ventanilla para contemplar el panorama. Varias veces, durante el trayecto, había desparramado la vista por el paisaje, que desfilaba á toda prisa ante el cuadrado vidrio del coche, envuelto en una bruma tenue y traslucida.

La provincia de Jaén presentaba sus olivares á liño, como reclutas en formación. La de Granada añigía y esponjaba el ánimo artemáticamente, empalmado sus arcillas desnudas con extensas planicies y suaves ramblas revesadas por mieses verdeantes y tardías. Los Llanos del Marquesado, colosal anfiteatro en cuyas lejanías se yergue la cordillera plateada aun por la nieve, ponen en el espíritu una promesa de feracidad; durante una hora corre el tren por el diámetro de aquella plaza inmensa, cortando perpendicularmente las zonas paralelas del verde intenso de los trigos aun sin granar y el amarillo reluciente de las cebadas ya maduras, que con sus alternos colores estampan un espléndido listado en la gran llanura.

En las proximidades de la provincia de Almería la vegetación comienza á enrarecerse. Traspuestas las lindes de ambas comarcas, Fiñana es la primera estación. En el andén aguardan al convoy algunos campesinos de alpargatas y sombrero ancho, con henchidas alforjas al hombro. Apenas cesa el ruido de herraje que la pausada marcha del tren produce, se apresuran á embutirse en los repletos coches de tercera. El sol cae á plomo, difundiendo en el espacio una luz cegadora que reverbera sobre el suelo calcinado. A la sombra de la casa-estación, dos guardias civiles, con sus tricornos enfundados de blanco, sus tricornos agobiados bajo el uniforme de paño oscuro y el complicado co-

rraje de ocre, se apoyan en sus mausers y contemplan con ojos indiferentes y vagos á los viajeros, asomados con displicente curiosidad á las ventanillas del tren.

Unos arbolillos, malicentos y tísicos desperdigados por las cercanías, finguen una apariencia de sombra, que se recorta en la tierra con la dudosa certidumbre de una quimera.

Reanudamos la marcha. A poco se despliega en toda la dolorosa realidad el verdadero paisaje almeriense. El tren se precipita entre gargantas y cañones, recorriendo los cerros de roca y salvando los abismos que puentes inacabables, de inverosímil altura, hacen de esta línea una de las más osadas empresas de la ingeniería contemporánea. Todo vestigio de vegetación desaparece. A uno y otro lado ondula el terreno con inmóviles sombras gigantes desoladas y yermas que evocan la memoria del desierto. Entre los repliegues se abren paso numerosas ramblas secas, sedientas, olvidadas de la frescura que acaso un día recibieron al contacto del agua. Rocas de brillante mica refugian heridas por el sol con centelleo de piedras preciosas.

El tren rueda, avanza. Pasamos Abia Doña María, Nacimiento. En cada uno de ellos hemos visto la misma casa-castellón, aislada con sus arbolitos escuálidos; los mismos labriegos mal rasurados, con rostros graves é inexpressivos; la misma pareja de la Guardia civil, mirando pesada é inconscientemente bajo el ardiente sol. La tierra y los hombres parecen dormir un fúnebre sueño de avidez y melancolía. El tren penetra en terreno más despejado. Las colinas se redondean, suavizándose. El horizonte se ensancha, un horizonte esteril y abrasado, en cuya extensión inmensa la tierra instala la miserable desnudez de su vientre rugoso é infecundo. Leguas y leguas van corridas sin descubrir un árbol, una mata una hierba; ni un pedazo cultivado, ni el confortante espejar de un arroyo ni una cabaña, ni un hombre, ni un pájaro aleteando en la inmensidad del bruñido azul.

Una sensación agobiadora martiriza y sofoca el espíritu. Esta es España, una parte de nuestra España. ¿Quién al verla, no invocará las tristezas de los parajes solitarios y muertos, donde cumplirían sus destinos hace millares de años civilizaciones desaparecidas? La fantasía reproduce el georgico valle de Orduña, las rianzas vencidas de Guernica, todo el campo húmedo y alegre del Norte. Y al contraste, en nuestra alma meridional fluye la amargura como un fermento de rebelión. Fuente-Santa, Santa Fé, dos estaciones mas. La santidad del agua y la santidad de la fé, hermanadas por los rieles, parecen una imprecación al cielo tan avano de aquella, y una apelación á las supremas consolaciones del creyente que espera de arriba lo que no

pueden darle sino su energía y su trabajo.

Sobre la meseta de un altonazo se apiñan de hora en hora unas piedras recubiertas por pizarras; en los taludes arcillosos se abren las bocas oscuras de profundas ceevas; esas son las viviendas de seres humanos, que se hunden como lagartos en las irregulares rendijas de aquellos hacinamientos de peñones. Mas que aldeas parecen ruinas informes, cascajo rodante de caprichosos derrumbamientos, incapaces de cobijar existencias humanas y proteger un sueño tranquilo. ¿Que bien los infelices, señaos humanos de Arte, de Ciencia, de grandeza. ¿Que nobles sueños pueden hacerles llevara la espantosa existencia de bestias del trabajo?

Soa nuestros compatriotas. Acaso no saben de nosotros sino que les enviamos de tiempo en tiempo un recaudador; que les vendemos las trébedes y el camastro, su único ajuar, y que periódicamente les arrebatamos los mozos para la quinta. ¿Que solidaridad nacional pueden tener con nosotros? ¿Que hemos hecho por ellos sino despojarlos, embrutecerlos y llevarlos á morir en tierras lejanas cuando nuestra vida demencia necesitó consumir en la guerra vida de labriegos infelices?

El tren se aventura entre montañas que, de tiempo en tiempo, bajan sus lomos ondulantes para dar paso á la visión de nuevas tierras grises, desnudas, horriblemente miserables, toidas y devoradas por el sol. Más cercanos á la ciudad, algunas manchas verdes, extraviadas en la hondura, parecen náufragos en este inmóvil oleaje de tierras desecadas. Son los parrales, la única riqueza agrícola de esta región desamparada. Aparecen furtivamente, para dejar pronto paso á la visión de las superficies calcinadas y desiertas. En ninguna parte la obsesión de la vida extinta es más agobiadora y tenaz. Yo he vi-to el desierto, y entra las ondulaciones de sus arenas, el paso de una caravana levantando una nubecilla de polvo, leve como una ilusión de vida. En este desamparo del terruño almeriense, la soledad impasible, que abre sus entrañas vacías al rumor del tren, tiene el alma de trahedia.

Una bandada de cuervos, soeada á la sombra de una ladera, anuncia la proximidad de la vida. La tosca ironía de los periódicos sataricos lleva mi pensamiento á recordar que el único edificio moderno de alguna nota en Almería es un convento.

Benahadux; ¿donde están aquellas horas venturosas en que, desvestida Andalucía por los incultos caballeros cristianos, ontes que la suprema arquitectura de la Alhambra coronase los cerros granadinos, fué Almería el refugio de la belleza y de las artes nobles durante tres generaciones de reyezuelos? El nombre moro de este poblado se encadena en mi mente con nuestras

preocupaciones y afanes de Marruecos. ¿Para que más tierras, si las dejamos morir? ¿Arrancaremos aun más hijos á estos infelices para que dejen sus huesos sobre otros peñones ardorosos que no mehos de cultivar? La gran conquista ¿no es la conquista de estos 8.777 kilómetros almerienses, y de tantos otros territorios idénticos esparcidos por la España agonizante? El verdadero Mogreb, el que deberíamos conquistar, no por ambición, sino por humanidad, por patriotismo al menos, está de este lado del Estrecho. A estos millares de almas que viven su vida animal sobre la tierra infecunda y trágica, ¿debemos emancipar primero.

Prosigue el tren y aparecen los nopales y las palmeras, la flora africana.

¿De qué comen los habitantes de esos territorios que hemos cruzado?—le pregunto á un compañero de viaje. —No comen—me replica.

—¿Por qué no repueblan esos montes?

—Son del Estado.

—¿Y las minas?

—Pertenece á extranjeros que no dejan aquí sino miseros jornales.

—¿Y las famosas uvas?

—Les imponen precio los extranjeros, y el corto beneficio queda entre las garras de los prestamistas.

—¿Y no se rebelan estas gentes?

—Aguardan.

—¿Que aguardan?

—Morir—me responde impasible el interlocutor.

Si, morir los hombres, eso que agoniza la tierra, esa es la única solución verosímil. La tristesa andalusí se siendo ya proverbial; es la tristesa de una vida que solo espera consuelo de la muerte. Y mientras pedimos de la patria sucumben, como Almería, abandonados, aquí en Madrid unos cuantos hombres que dicen conocer á España, colorean sus delirios con luminarias de millones que han de pagar los que agonizan de hambre.

Baldomero Argente

MINERIA

Registro admitido.

Ha sido admitido por el Gobernador civil y la Jefatura de Minas de la provincia el registro número titulado «Demasia á La Talega», del término de Ohanes y Canjáyar, solicitado por don Miguel Navarro Hernández.

Registros caducados.

Por diferentes causas, se han declarado caducados por la Jefatura de Minas de esta provincia los siguientes registros:

«Nueva Esperanza», «Key Alberto», «El dos de Abril», «La Giralda», «La Victoria», «Mi Manolito», «Santiago» y «La Fé» del término de Canjáyar, «El Cambio» de Fondón, «La Esperanza», de Instinción y «M. Carolina» y «Virgen de Gádor» de Laujar.

estado de las plazas ocupadas por los moros y cumplieron su cometido tan bien que aseguraron ser factible de apoderarse de Alhama de Granada y de Malaga por la escasez de sus guarniciones y estar completamente descuidados.

Entonces reunieron gente secretamente y escalando el fuerte de Alhama penetraron sin ser oídos degollando la guarnición.

Apercibidos en la población se hicieron fuertes y costó gran trabajo y muyas muertes reducirlos. La soldadeca hizo un codicioso botín y cautibarón a todos los que habian escapado del deguello causando además muchos daños.

A todo correr llegó a Granada un grupo de gentes y dió al rey la infausta noticia de la perdida del Alhama. Mil valientes amanecieron a la vista de Alhama pero una vez informados de la calidad de la gente y el número de ella que esixtia en la plaza volvieron grupos y entraron afligidos en Granada. Alhama cayó decian; los mustinos son vencidos y muertos; las mujeres y los niños que se habian acogido débiles e inermes a la mezquita han sido inhumanamente degollados. Los muros, las calles, el templo quedan llenos de cadáveres y bañados en sangre.

Al oír estas palabras y recordar el vaticinio del Santon cuando la toma de Zahara prorrumpieron las turbas en alaridos lúgubres.

El Rey moro juntó tres mil ginetes y cincuenta mil infantes y se dirigió a Alhama. En tanto los cristianos pidieron socorro y la Reina convocó a todos los caballeros.

Muley puso en practica todos los medios para rendir aquellos valientes y librado un combate, tubieron los cristianos que encerrarse en las murallas cuando no pudie-

Muchas y muy notables fueron las escaramuzas y algunas batallas, que se libraron en tiempo de este rey con los cristianos con variada suerte pero que en tesis general se pueden llamar veturosas para Granada y desgraciadas para Jaen.

Tambien hubo en su tiempo motines que fueron sofocados seguidamente.

Para dar fin a tanta contienda, celebraron una alianza los reyes de Granada y Castilla al que el primero rindió parias y cumplido homenaje y por su parte el de Castilla vino a la vega de Granada donde estuvo algunos dias bien servido y agasajado por los moros.

Los ultimos tiempos de Ismael fueron de una prosperidad fabulosa en el reino de Granada, pero a poco murió el bondadoso rey, sucediendole su hijo Muley Hacen el 7 de Abril de 1465 ocupando el 19.º lugar entre los reyes de su dinastia.

Seguia reinando en Castilla Don Enrique IV que efecto de su debilidad encendió en Castilla vergonzosa guerra civil cuyas vicisitudes seguia Muley con gran satisfacción. atizando a veces las discordias y sacando el mejor partido posible de tanto disturbio.

Hizo muchas correrias por tierras de cristianos

IX

Principio de la guerra y conquista de Granada.

Con el matrimonio de Don Fernando el Católico y Doña Isabel terminaron las desventuras del reinado de Don Enrique IV. asienoo con mano firme los cetro de Aragon y de Castilla. De los primeros actos de gobierno fué la organización de sus estados y su proposito de lanzar de sus castillos y vergeles a la moruna raza hostil.

La nobleza aplacó sus enconos y casi terminadas las